

"LA CELESTINA", OBRA DRAMÁTICA

El bachiller Fernando de Rojas, natural de La Puebla de Montalbán, escribió una obra literaria, a la que puso por título "La Celestina, o tragicomedia de Calixto y Melibea". La índole especial de su diálogo, con un elevado número de actos (veintiuno en la edición de Burgos, 1499; veintidós, en las sucesivas) y la facilidad de desarrollar su acción, hizo nacer la discusión de si se trataba de una obra dramática o de una novela dialogada. El hecho, no obstante, es que, dadas las dificultades que su representación ofrece, a nosotros llegó la obra en novela friamente catalogada y que, a nuestros ojos, "La Celestina" ha sido objeto de ensayo, de estudio, de análisis...

Así hemos sabido que su personaje titular es precursor de la truhanería picaresca que floreció años más tarde, y se nos ha presentado como un complejo psicológico, de complicado carácter y activa vida de imaginación. Se nos ha dicho que en Plauto, en Aristófanes y en Terencio, en los diálogos del uno, las libertades escénicas del otro, y hasta en los nombres de personajes del tercero, tenía su origen la fluida acción de la tragicomedia. Se nos ha explicado cómo la "Trotaconventos" del "Libro de Buen Amor" engendraba años más tarde el espíritu de tercería que había de mover a la mala mujer que causa y enreda la tragedia, y muere atravesada de cuchillas; se nos recordó "El Corvacho", que pudo ser conocido por el bachiller... Se nos separó uno a uno cada personaje, cada situación, cada escena, y se nos dijo que era la tragedia del amor ilícito, que precipita el sino en desastroso final; se nos pusieron de relieve la virtud y heroísmo de Melibea, su fidelidad y su amor; la bondad y las buenas prendas de Calixto, enamorado y valiente; la ternura de Pliberio...

A través de tal trama y de tal red de estudios parciales, llegamos a conocer la obra, que fué en nuestras manos cosa desintegrada y desmenuzada, sin causa formal y sin causa material que completase nuestro conocimiento.

Era preciso verla sola, aislada; tener noticia de cómo es y de qué está hecha; sentir cómo viven sus personajes y contemplar cómo se mueven y de qué forma vibran a la pasión y al goce, para poder volver así y sentir en nosotros la tragicomedia escrita por el bachiller estudiante de Leyes.

En 1911 hubo un primer intento de adaptar a la escena la irrerepresentable obra; y ahora, el Sindicato Nacional de Espectáculos, en el Teatro Español, al iniciar su campaña en pro de nuestro resurgir dramático, nos ofrece esta moderna escenificación realizada por Felipe Lluch, que conserva en sí la lucha de una época que cae y una época que nace, el horizonte de Italia que se acerca ya a las artes y a las letras españolas, y que subraya con brío la jácara del lenguaje y de la acción.

No era fácil de realizar esto, porque para lograrlo se precisaba hacer llegar al público todo lo que encierra en sí la obra, y era necesario una absoluta fidelidad de ambiente, de tipos, de escenario, y se necesitaba, bajo una dirección inteligente y de una gran preparación, encauzar con extraordinaria precisión dato a dato la labor de los actores, centralizar todo el aire de la época en los gestos y la presencia de los personajes; dar a cada palabra la intención exacta, en juego abierto con unos días en los que no era precisamente nuestra malicia actual la que había de añadir efectos a dicciones y giros que tenían un estricto significado.

Se necesitaba reunir en una adecuada decoración todo el orden arquitectónico y suntuario, toda la quebrada urbanización de aquellos días de palacio y tugurio, y era preciso resumir el texto literario, evitando al mismo tiempo los paréntesis de los próximos entre actos, excesivamente repetidos, que guillotinan la acción, sacan de situación al espectador y al intérprete, y hacen de la representación una larga y aburrida sucesión de cuadros desligados entre sí.

Felipe Lluch y los camaradas Al-

faro y Borrás, que con él han preparado el espectáculo, en la adaptación puesta en la escena del Español, logran subsanar con un definitivo éxito todos estos complejos inconvenientes.

Un escenario simultáneo, de aquellos que hicieran posible representar sin interrupciones los

Autos Sacramentales y los Misterios de Pasión, permite reducir a las tres jornadas ordinarias las veintiuna de la edición de Purgos. y Burman coloca para ello, ante un fondo de ciudad amurallada, el jardín, la torre, la plaza, las calles que convergen, la casa de Calixto...

En este margen se mueven los

actores; los figurines de Comba y Caballero encuadran cada figura en un marco de apropiada indumentaria, que realza su ser y su significado.

Los juegos de luz dan una profunda emotividad y colorido a las escenas, y así, la casi penumbra desde la que nos llega la canción

de la sirvienta que entretiene la espera del amado, la figura de Melibea recortándose en la torre, son efectos teatrales logrados con un preciso estudio y tecnicismo.

Cada actor se siente incorporado al ser que encarna, y con una justa disciplina de acción y de entonación, entre la que sobresale la acertada declamación de José Franco, dan expresión en cada momento a la serenidad, al rencor, a la audacia, al deseo...

Todo ello cuaja en color y en forma, y sobre ello transcurre "La Celestina", ya real, personificado cada personaje, con su voz y gesto, bajo la sombra y la luz. Llega así el amor a los pechos jóvenes y así llega la astucia; y la fanfarronería; y la ternura... Y así llega la tragedia, el fin y el final.

Felipe Lluch y la dirección de escena han logrado en este punto básico de la tragicomedia todo el acierto que la diversidad de situaciones da margen a lograr. La llaga mortal que hiere el corazón de Melibea, se hace, sobre la música y por el valor pastoso de la voz, llaga mortal de todos los corazones que, a lo largo de la obra, han latido con el suyo. Ya antes fué nuestro el temor y la duda de su espera en la más bella escena de la dramática universal.

Vemos, por la calle abajo, con el dolor de los padres que parieron y engendraron su cuerpo, llegar los pedazos de la joven, batidos por los aires de la caída; sentimos en nosotros el peso de la cabeza que reposa en las rodillas de Alisa... La diatriba final resuena con fuerza de efectiva angustia, y la íntima y profunda invocación de: "¡Amor, amor, amor, amor!", con que se cierra la última escena, hecha ya grito agudo en todas las gargantas, dado por todo el cortejo de figuras, formando la música sublime del verso en su expresión y en su sonido, con un escalofrío nos trae de nuevo la esencia del bachiller Fernando de Rojas, que, al cabo de los años y de los siglos, lejos de la síntesis y de la visión parcial, el pasado miércoles vino a nosotros, al público, total y emotivo, trayéndonos en su obra dramática "La Celestina" toda la limpia esencia de las cosas que se han logrado.

D. Castro VILLACANAS



Dos escenas de la tragicomedia "La Celestina", en las que se observa detalladamente, cómo la dirección escénica ha cuidado la expresión de los actores, que hace al público partícipe de su emoción.